

EL PROFESORADO UNIVERSITARIO

REVISTE caracteres de axioma el tan repetido concepto de que las instituciones han de ser valoradas por los hombres que las encarnan. Y consecuentemente, axiomático resulta también que la Universidad es y vale tanto como el Profesorado que la integra.

Por ello precisamente, al formular algunas consideraciones acerca de la Universidad, como ahora hago, he de centrarlas sobre el Profesorado en cuanto verdadero pilar y medida de la misma.

* * *

Nunca como en los tiempos que corremos se ha manejado tanto el tema «civilización y anticivilización», «cultura y anticultura occidental». En realidad, semejante terminología tiende a expresar el problema circundante de dos culturas en pugna: de un lado, la tradicional europea, de cuño cristiano y trascendental, aun en sus manifestaciones laicizadas, y de otro, la científica, de médula anticristiana y empírica, que en fase constructiva pugna por desplazar a su contraria, borrando veinte siglos de vida pujante. Cada una de estas culturas, aparte de otros factores, se cimenta sobre principios y corrientes del pensamiento, cuyo actual y más destacado instrumento generador es la Universidad.

Se aperece ciertamente en Europa un doble tipo de organización universitaria: frente a la Universidad que se constituye en «alma mater» de la vieja cultura europea, álzase la Universidad que se erige en vanguardia de la incipiente civilización científica: frente a un manantial de doctrina «cultas» y de hombres «cultos», arsenal de los principios básicos y permanentes de la «cultura» que vivimos y de sus guardianes, se levanta una corriente de pensamiento «inculto», vivero, a su vez, de ciencia empírica y de sus maestros y paladines. Y no

hay que dudarlo; allí donde ponemos antagonismo y lucha de unos y otros principios, de una y otra Universidad, preciso se hace destacar como valor primordial a los Maestros que generan doctrina encuadrada en sus respectivas ideologías, o ilustran conforme a la doctrina generada. Maestros, decimos: y con ellos y tras ellos, discípulos que beben en la savia de sus especulaciones superiores. Siempre el material humano universitario: material militante, ya en el círculo de los hombres «cultos», que sienten, aman y fomentan las bases intelectuales de la cultura en que viven, ya en la fracción de los hombres «incultos», de esa clase de «bárbaro científico» que, en apreciación de Ortega y Gasset, cruza amenazador el área del Occidente.

El estadista europeo que se halla a la altura de su misión ha de enfrentarse desde el respectivo punto de vista de su ideología, con el problema de la Universidad, es decir, de su Profesorado. En aquel país donde no haya Universidad fecunda, el armar tinglados universitarios aparatosos sobre la base de un Profesorado endeble, equivale a procurar alivio al enfermo por un cambio de posición que prolonga o acelera su agonía. Se precisa formar Maestros a costa de cualquier sacrificio por la vía más eficaz. No bastan, por supuesto, selecciones ideológicas o políticas, de suyo ineficaces y a veces contraproducentes. El Maestro de la Universidad contemporánea no puede ser ese simple Doctor y Doctor simple, engendro de la Universidad latina e ilustrativa que anatematiza Le Bon: porque él sólo posee el arte de armar bulla intelectual, de escalar puestos y manejar y repetir engañosa y torpemente «frases representativas» o «falsos prestigios», aptos para levantar, según su procedencia ideológica, ya espejismo de cultura, ya espejismo de ciencia, que repugnan también a Le Bon, mas incapaces de engendrar pensamiento auténtico. Antes por el contrario, el Maestro de la Universidad contemporánea ha de constituir sustrato y símbolo del intelecto de la comunidad en que florece. He aquí un extremo acerca del cual se impone conducta rectilínea inexorable. En cada Profesor, o al menos en cada cuerpo de Profesores universitarios, cualquiera que fuere la orientación ideológica de su Universidad respectiva, ha de enlazarse la triple capacidad educado-

ra, investigadora e ilustrativa. Y sólo cuando ella se perfilare francamente en una persona dedicada a la Enseñanza, tras años y huellas de una labor seria y fecunda, debiera llegar el momento de producirse estampillado oficial de magisterio. Después, una vida de consagración intensa, exclusiva y controlada por el fruto exteriorizado de la propia labor. Para cuya vida, torpe sería regatear dignificación social y económica, que resulta impuesta, sin duda, por el esfuerzo exigido previamente a la función, por la conveniencia de no malograr esta función, y por el valor y trascendencia que ella misma representa.

Conste, por lo demás, que esta última exigencia enlaza con el problema magno de aquella inversión de valores apuntada por Scheler como agente destructor de las comunidades europeas: todas ellas ceden bajo presión de la ideología burguesa, y en los órdenes diversos de la actividad social y de sus organizaciones burocráticas, dejan paso a lo útil, y es el valor útil quien suplanta al valor noble y reina convertido en sublime valor de Bolsa. Para el orden del pensamiento, mendrugo, y a pesar del simple mendrugo, vasallaje, cuajado generalmente en ciencia burguesa, también al servicio del valor de Bolsa: todo ello con un alcance intencional y catastrófico que, aun siendo muy opresor, no resulta debidamente apreciado por los oprimidos.

E insistamos en que es la esfera del pensamiento donde se forjan las ideologías y las almas: la «Idea» ha llenado el mundo griego, y el «Verbo», que igualmente es «Idea», dió vida al mundo cristiano; mas ni «Idea», ni «Verbo», ni pensamiento, se hacen fecundos sin Maestros.

JOSE ESCOBEDO
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA